

Por qué no funciona la política antinarcóticos de Estados Unidos

Cait Murphy

*P*olíticas de todo tipo, desde las más benignas y tolerantes hasta las más represivas y crueles, se han ensayado en distintos países para tratar de acabar con el flagelo del narcotráfico. No obstante, ello parece no afectar grandemente al consumo, en particular en Estados Unidos, en donde la demanda voraz ejerce una presión implacable sobre la oferta mundial. El artículo a continuación presenta un recuento de las innumerables modalidades que ha adoptado la lucha contra la droga, y su autor señala las razones por las cuales, en su opinión, estas medidas han fracasado en su mayor parte.



EL TRAFICO ILEGAL DE NARCÓTICOS BIEN PUEDE SER el último bastión sobre la tierra de la libre empresa sin cortapisas. No obstaculizados por regulaciones de salud, leyes de seguridad, requisitos de salario mínimo o dictados de conciencia, los barones de la droga tienen la libertad para seguir exactamente las indicaciones del mercado. Durante los últimos 20 años, el mercado ha demandado más y mejores drogas; y los traficantes han sido solícitos en suministrarla. Por tanto, la creación de una "sociedad libre de drogas", tal como el presidente y la señora Reagan han estado promoviendo, no es sólo un asunto de reforzar el cumplimiento de la ley. El problema es: ¿Cómo se impide a otros que hagan algo que claramente quieren hacer?

Los norteamericanos son grandes consumidores de narcóticos. De acuerdo con un informe publicado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Michigan, el cual adelanta una encuesta anual entre los estudiantes estadounidenses sobre el uso de drogas, la juventud norteamericana está comprometida con narcóticos ilícitos a niveles mayores de los que pueden ser hallados en cualquier otra nación industrializada del mundo. "Los Estados Unidos gastan US\$ 110 mil millones al año en la compra de drogas ilegales, y pierden tal vez US\$ 46.9 mil millones más en costos ocultos a la economía, según el Research Triangle Institute de Carolina del Norte.

Aproximadamente 22 millones de estadounidenses han probado la cocaína, de los cuales 10 millones en el último año. Las muertes por consumo de cocaína aumentan cada año, alcanzando la alarmante cifra de 613 en 1985.

IV TRIMESTRE 1987

Cerca de medio millón de norteamericanos son adictos a la heroína, y las muertes relacionadas con este narcótico se han incrementado en un tercio desde 1983. La Comisión Presidencial para la Lucha contra el Crimen Organizado estima que la cuarta parte de los estadounidenses ha ensayado la marihuana, y que 20 millones utilizan dicha droga por lo menos una vez al mes. El 54 por ciento de los estudiantes de secundaria ha probado la marihuana por lo menos una vez. Al alcanzar los 25 años de edad, entre el 75 y el 80 por ciento de los jóvenes norteamericanos ha probado alguna droga ilícita.

Las buenas nuevas son que, con la posible excepción de la cocaína, el uso de drogas está comenzando a declinar. (El consumo de cocaína está aumentando entre los estudiantes de secundaria; al nivel universitario, se ha estabilizado; entre el público en general el número de usuarios se mantiene estable, pero el consumo está aumentando). El uso de marihuana, heroína, PCP, LSD, metacualonas, anfetaminas y barbitúricos ha descendido continuamente desde 1980 y no muestra signos de recuperación. Según expresó hace algunos meses Carlton Turner, director de la Oficina de Política sobre el Abuso de la Droga, de la Casa Blanca, "ya no es una epidemia. Lo fue en 1981".

Cinco años después de pasada la epidemia, el Congreso descubrió el abuso de drogas hace un año. El *Wall Street Journal* advirtió en enero de 1986 acerca de "la resistencia del Congreso a incrementar el presupuesto para la lucha contra la droga". Parecería que, aún si el doctor Turner hubiera deseado más dinero, no lo hubiera conseguido del Congreso.

En esos días un nuevo derivado de la cocaína, el *crack*, hizo su aparición en las calles; dos destacados atletas murieron por sobredosis de cocaína; y el presidente Reagan envió tropas a Bolivia para interrumpir la producción de dicha droga. Los congresistas de ambos partidos entraron en competencia por ver cuál de ellos podría presentar el más grande, más duro, más costoso proyecto de ley contra las drogas. La pena de muerte, la vigilancia militar, el cambio de la regla de exclusión, pruebas antidroga obligatorias, entre otras, estuvieron a consideración del Congreso. Barney Frank (D-MA) decía del esfuerzo realizado por la Cámara de Representantes: "Temo que esta ley se está convirtiendo en el equivalente legislativo del *crack*. Le dará a la gente un bienestar a corto plazo, pero a la larga será peligrosa para el sistema y muy costosa para implementar".

La advertencia de Frank no fue escuchada: el bienestar a corto plazo ya ha terminado, pero el país se ha quedado con la ley de Control, Educación y Represión del uso de drogas de 1986, cuyo costo es de US\$ 2.4 mil millones y que fue firmada por el presidente Reagan el 26 de octubre. Esta ley sigue el patrón clásico de cuatro partes establecido para la política antidrogas de los Estados Unidos por la Comisión Prettyman del presidente Kennedy en 1963: tratamiento para el consumidor, educación para el usuario potencial, castigo para el traficante, e interceptación para el comercio.

Como plan, parece sensato. El único problema es que no funciona — y no parece tan sensato orientar la actual política contra el abuso de las drogas sencillamente hacia una intensificación de las fracasadas políticas de la pasada generación. Si estas cuatro estrategias son tan valiosas, ¿por qué el uso de las drogas se desbordó después de la Comisión Prettyman?

Por ejemplo, el principio de interceptar los narcóticos es sano: destruir las drogas antes de que puedan llegar a la población. El Congreso destinó aproximadamente US\$ 572 millones para ser utilizados en aviones, sistemas de radar y personal de aduanas con este propósito. Pero se cultiva tanta yerba en tantos lugares diferentes, que mientras los agentes de la división antinarcóticos capturaban en 1985 cantidades nunca antes igualadas, el precio callejero —la más clara indicación de disminución en la oferta— no aumentó. Como dice William F. Alden, oficial de asuntos públicos de la DEA, "las estadísticas son excelentes: los arrestos aumentan, las capturas de embarques también, nuestra red de información es mejor que nunca. Pero hay tanto o más uso de drogas hoy que en todos los años anteriores".

En los Estados Unidos, por ejemplo, la Fuerza Especial de Florida del Sur, dirigida por el vicepresidente George Bush, ha efectuado más de 15.000 arrestos, ha capturado seis millones de libras de marihuana y 100.000 libras de cocaína desde su fundación a comienzos de 1982. Muy impresionante. Pero, en septiembre de 1986, el precio de la cocaína en Miami había decrecido hasta US\$ 8.600 la libra, el más bajo de todo el país. La Fuerza Especial hizo que los traficantes pasaran a la clandestinidad y que se redujera la tasa de crímenes, pero no hay evidencia de que haya podido detener el flujo de cocaína. En alguna forma puede inclusive haber complicado los esfuerzos represivos posteriores: los traficantes están ahora enviando sus cargamentos a través de la porosa frontera suroccidental.

Otros esfuerzos realizados contra la cocaína han tenido problemas similares. El año pasado, al mismo tiempo que los ejércitos boliviano y ecuatoriano estaban destruyendo entre el 20 y el 40 por ciento de la producción de coca de Bolivia, oficiales de la DEA capturaron más de 6.000 libras de la droga. Sin embargo, la oferta no disminuyó y el precio se mantuvo en el mismo nivel. Los Estados Unidos están tan saturados de cocaína que los traficantes están dirigiéndose a Europa para abrir nuevos mercados.

Los controles de importación de marihuana han tenido más éxito, pero tal vez por razones equivocadas. Aún en Florida del Sur, el contrabando de la yerba ha disminuido considerablemente. Por otro lado, a pesar de los esfuerzos de erradicación emprendidos en los 50 estados, la producción doméstica de marihuana ha pasado de cerca de 750 toneladas en 1978 a aproximadamente 2.000 toneladas en 1986. La Organización Nacional para la Reforma de las Leyes sobre la Marihuana (NORML) estima que la marihuana es el segundo cultivo de venta inmediata de toda la nación, con un valor de US\$ 18.6 mil millones. Cerca del 60 por ciento de la marihuana consumida en los Estados Unidos es producida localmente, así que, por consiguiente, no es necesario importar tanto. Otra probable razón por la cual el contrabando de marihuana ha disminuido es que, a medida que eran confiscadas más importaciones de droga, los traficantes cambiaron las voluminosas cargas de marihuana por la más liviana, compacta y rentable cocaína.

El control de la droga también ha fracasado en otros países. Los esfuerzos internacionales se ven obstaculizados por un efecto de "tira y afloje": cuando un país abandona un cultivo, otro entra a llenar su lugar.

En 1974, con el apoyo de los Estados Unidos, Turquía emprendió un ambicioso proyecto de sustitución de cosechas, reemplazando la producción de opio con cultivos legales. El programa tuvo éxito: Turquía ya no es considerada una nación productora de droga. Ahora es una nación traficante, uno de los principales conductos para el paso de heroína entre Asia y Europa occidental.

Cuando Turquía dejó de cultivar opio, México y Paquistán rápidamente produjeron más. Luego los líderes de la tribu Pathan del estrecho Khyber en Pakistán, declararon que la heroína era contraria a los principios islámicos y amenazaron con quemar las casas de cualquiera que la produjera. Este hecho efectivamente eliminó la mayoría de la producción ilícita paquistaní, la cual cayó de 800 toneladas en 1979 a 45 toneladas en 1985. Desafortunadamente, Irán y Afganistán están cultivando 20 veces más ahora, según un estimativo del Departamento de Estado norteamericano, y los Estados Unidos no tienen ninguna posibilidad de ejercer presión sobre esos dos países.

Los problemas políticos internos también pueden invalidar los esfuerzos antidrogas. Birmania es uno de los mayores productores mundiales de opio. Su gobierno se ha comprometido a acabar todos los cultivos ilícitos, pero partes del país están controladas por guerrillas que financian su lucha con el tráfico de narcóticos. En Tailandia, un programa de sustitución de cosechas subsidiado por los Estados Unidos no ha podido funcionar, aunque en el papel parecía muy efectivo. En lugar de sustituir el opio por otras cosechas, los campesinos tailandeses simplemente utilizaban la ayuda norteamericana para cultivos legales que mantenían conjuntamente con el opio y, más recientemente, con marihuana. De contera, las cosechas son ahora más fáciles de mercadear, gracias a las nuevas carreteras construidas por los Estados Unidos. El gobierno inició el año pasado un esfuerzo de erradicación pero, como ocurre en Birmania, no controla algunas porciones del país en donde florece el opio.

La historia es similar en América Latina. En 1975 los Estados Unidos solicitaron a México que rociara con Paraquat los cultivos de marihuana. El gobierno mexicano accedió y arruinó la cosecha. Inmediatamente Colombia y Jamaica incrementaron su producción, y los consumidores norteamericanos comenzaron a cultivar su propio abastecimiento. El efecto de estas medidas fue nulo a nivel del consumo. En 1984 un esfuerzo conjunto de Estados Unidos y Colombia produjo la confiscación de cocaína más grande de la historia: una fábrica completa en la selva, con 10 toneladas de cocaína pura esperando ser embarcadas. "No se sintió el menor impacto ni en el precio ni en la oferta. Nada. El resto del mundo suplió la deficiencia de la noche a la mañana", dice William Alden, de la DEA.

La cocaína es tan importante para la economía de Bolivia que cuando las fuerzas antidroga bolivianas, financiadas por los Estados Unidos, trataron de destruir en enero del año pasado la cosecha de Ivaragama, se vieron rodeadas por 17.000 campesinos que obligaron al gobierno a capitular. En Colombia y Perú, la mayoría de la producción de coca está localizada en áreas remotas sobre las cuales el gobierno tiene poco control; en Perú,

los traficantes de narcóticos y los terroristas controlan las áreas en donde se cultiva la mayor parte de la droga.

En vista de los crecientes problemas de abuso de drogas que viene experimentando su propia juventud, los tres países están ahora tomando más seriamente el control de narcóticos. Ya no se trata solo de seguirle la corriente a los decadentes "gringos". Pero la combinación de problemas políticos internos, el extenso cultivo de la droga en Asia y, más importante, el apetito norteamericano por su consumo, hace poco probable que se llegue a destruir algo más que una diminuta porción de los narcóticos que ingresan a Estados Unidos. (El año pasado, funcionarios oficiales estimaron que se capturaba tal vez un 10 por ciento de todos los narcóticos ilegales).

Otras partes de la estrategia norteamericana también están severamente limitadas. Curar la adicción es casi imposible; las tasas de reincidencia son altas en virtualmente todos los centros de tratamiento. Los programas internacionales han tenido los mismos tristes resultados. El mantenimiento con Metadona no ha funcionado en Gran Bretaña, en donde el número de adictos a la heroína se ha triplicado en la última década. Tampoco los programas de los centros budistas en Tailandia tienen un mejor récord: el 80 por ciento de los adictos que reciben el tratamiento regresa a la heroína en los seis meses siguientes. Una serie de estudios científicos ha demostrado que el enfoque de abstinencia total es inefectivo, así como doloroso para el adicto. En suma, nada parece detener a los adictos en su deseo de regresar a la droga. La excepción a este desalentador resultado puede ser el tratamiento de la adicción al opio; tanto en Egipto como en Sri Lanka, los programas que trataron los síntomas de abstinencia del opio, combinados con terapias de grupo, tuvieron éxito con adictos altamente motivados a abandonar la droga.

Lo anterior puede enseñarle muy poco a los Estados Unidos. La mayoría de los adictos norteamericanos duros consumen más de una droga. Así, mientras la metadona, por ejemplo, puede aliviar el ansia de heroína, no tiene efecto alguno en el tratamiento de otras formas de adicción. Además, suponiendo que el tratamiento pueda tener éxito, las presiones de adaptación a una vida libre de drogas —hallar un empleo, un lugar para vivir, nuevos amigos— a menudo son muy grandes para ex-adictos recién salidos de sus programas, quienes escapan de sus nuevas dificultades regresando a sus antiguos hábitos.

Una mirada a la política antidrogas de otros países demuestra que la relación entre la severidad de las leyes sobre narcóticos y la tasa de uso de éstos es impredecible. Ni la dureza ni la lenidad pueden garantizar el fin del problema de las drogas.

A pesar de su política liberal —los bares venden hachís y marihuana legalmente—, Holanda registra una tasa de abuso mucho menor que la de otros países, incluido Estados Unidos. Sólo el 8 por ciento de los estudiantes holandeses ha probado la marihuana, comparado con más del 60 por ciento de los norteamericanos, según la Fundación para el Estudio Científico del Uso de Drogas y Alcohol. Sin embargo, Holanda no ha podido contener efectivamente el uso de la heroína y la cocaína —aunque sus niveles están muy por debajo de los de Estados Unidos—, y Amsterdam es ampliamente

conocida como una Meca de la droga. El crimen callejero se ha multiplicado por diez desde 1974.

Gran Bretaña ha sido desde hace mucho famosa por su tratamiento benigno con respecto a los drogadictos. Desde 1926 hasta 1968, médicos generales podían recetar drogas a los adictos. En 1968, para reducir las prescripciones exageradas, se establecieron clínicas en donde los médicos especialmente calificados podían dispensar heroína o cocaína a 2.782 adictos registrados. La teoría era la de evitar el desarrollo de un mercado negro suministrando a los adictos una dosis regular hasta que fueran capaces de abandonar su hábito. Pero el tan alabado "sistema británico", frecuentemente encomiado durante la década de los setentas como una forma humana de reintegrar a los adictos a su sociedad, falló por su propia base. Entre 1970 y 1975, el número de adictos registrados se incrementó en un 37 por ciento, motivando la decisión de cambiar la heroína inyectada por la Metadona oral. "Me dio la impresión", escribe Arnold Trebach, director del Instituto sobre Drogas, Crimen y Justicia, en su libro *The Heroin Solution*, "de que muchos de los siquiátras clínicos, enfermeras y trabajadores sociales fueron desgastados hasta la máxima desesperación por adictos que regresaban año tras año buscando no una mejoría, una vida mejor, la rehabilitación, sino la droga".

El mantenimiento con Metadona es aún la política oficial sobre la droga en Gran Bretaña, pero también ha fracasado lamentablemente. La heroína es barata en la calle, y la mayoría de los adictos la prefiere a la metadona. Además, los adictos ahora tienden a utilizar más de una droga, una tendencia para la cual no tiene respuesta el programa de mantenimiento.

La cantidad de adictos registrados se ha triplicado desde 1979; hay más de 12.000 casos expresos, aunque por supuesto el número real de adictos es mucho mayor. El uso de marihuana, cocaína y la aspiración de goma pegante son comunes.

En Japón las leyes sobre drogas son menos severas que en los Estados Unidos, pero ese país no tiene un verdadero problema. Hay alguna preocupación sobre el creciente consumo de heroína: el número de casos de sospechosos de posesión de heroína aumentó en Tokio de 29 a 36 en el último año. Hasta 1985 la India también tenía una legislación permisiva, pero, a diferencia del Japón, el abuso de las drogas se convirtió en un problema serio. El año pasado el gobierno indio endureció sus leyes, pero es aún muy pronto para hablar de efectos.

En el otro extremo, Malasia tiene leyes antidrogas que están entre las más severas del mundo, pero también enfrenta uno de los problemas más serios. El primer ministro Mahathir Mohamed ha estimado públicamente que quinientos mil malayos son adictos a la heroína, la misma cantidad que en los Estados Unidos, pero con una población de 13 millones. El 70 por ciento de los adictos son menores de 30 años. La imposición de leyes draconianas antinarcóticos, que incluyen arresto ilimitado y la pena de muerte (el año pasado fueron ahorcados dos australianos acusados de tráfico, los primeros occidentales en morir bajo las nuevas leyes), apenas ha registrado un mínimo progreso en cuanto a contrarrestar el suministro y el uso.

Paquistán trató de eliminar el hábito de fumar opio acabando con el cultivo de la amapola. En un sentido muy limitado, el esfuerzo tuvo éxito: el cultivo declinó de 800 toneladas en 1979 a 45 toneladas en 1985. Pero el consumo de heroína se disparó: hasta 1980 no había virtualmente ni un solo adicto a la heroína; en 1982 había 25.000; en 1984, 250.000; y para 1985, por lo menos 300.000, según el Buró Paquistani de Control de Narcóticos.

Irán tiene, tal vez, las leyes antinarcóticos más draconianas en el mundo. En 1980 fueron ejecutadas 176 personas por delitos relacionados con heroína y opio. El Departamento de Estado cree que hubo una cifra similar de arrestos y ejecuciones en 1984. Sin embargo, no hay evidencia que sugiera que el número de adictos haya declinado de los 100.000 adictos a la heroína y 500.000 al opio estimados en 1983 por la Interpol.

El sistema estadounidense

EN LOS ESTADOS UNIDOS LAS POLÍTICAS DE REPRESIÓN han tenido éxito parcial en el control de la heroína, el PCP y las cualudas. El uso de heroína tiende a estar localizado casi siempre en las barriadas pobres de las ciudades populosas. Por tanto, acciones policivas intensas como la "Operación Punto de Presión", llevada a cabo en Nueva York entre 1983 y 1984, pueden tener un impacto inmediato y visible en la cultura de la heroína. En los últimos diez años, la cantidad de adictos a la heroína ha descendido de 700.000 a 500.000.

Las cualudas ocupaban el segundo lugar en popularidad después de la marihuana a finales de los setentas. Ahora están virtualmente fuera del mercado. Las cualudas están compuestas de metacualona, que había sido legalmente prescrita como pildora para dormir, pero traficantes colombianos adquirieron el producto químico y producían tabletas de alta dosis. Limitando la fabricación de la materia prima, y luego rompiendo las líneas de suministro ilegal por medio de un seguimiento a las fábricas que manufacturaban lícitamente la metacualona, los gobiernos de Estados Unidos, varios países europeos, India y Colombia pudieron conjuntamente detener el tráfico.

La historia de la PCP es similar. Al ejercer estrechos controles sobre la piperidina, un ingrediente esencial, los gobiernos pudieron efectivamente limitar el suministro de la droga. Además, la PCP no era una droga que produjera sensaciones placenteras; la mayoría de quienes la probaban no repetían la experiencia. En los Estados Unidos las muertes por PCP han declinado desde 1983, aunque Washington D.C. y Los Angeles continúan teniendo serios problemas.

Lo que comparten estos tres ejemplos de represión del abuso de las drogas, además de un cierto grado de éxito, es el hecho de que una abrumadora mayoría de estadounidenses estaba sólidamente apoyando los esfuerzos. Absolutamente nadie sostiene que la heroína es buena para la juventud; y la loca violencia de algunos adictos a la PCP fue suficiente para asustar a muchos usuarios potenciales. En estos aspectos, estas drogas difieren de la marihuana y la cocaína, las dos más populares.

Unos 60 millones de norteamericanos han fumado marihuana; es la droga ilegal con mayor aceptación social, casi un rito de acceso para los adolescentes y un aditamento natural de las fiestas para muchos adultos jóvenes. En California, Hawaii y partes del sur de los Estados Unidos, el cultivo de la yerba es tan importante económicamente, que los fiscales tienen dificultades para lograr condenas para los grandes sembradores. Los funcionarios de la división antinarcoóticos sencillamente no pueden manejar esta clase de desafío abrumador: ¿qué policía urbano va a arrestar a cada fumador de marihuana que vea? Si estas leyes no se van a hacer cumplir en las calles, podría resultar sensato que el Departamento de Justicia y la DEA recortaran sus espectaculares campañas con multitud de helicópteros contra la marihuana y concentraran sus recursos en drogas más fuertes.

El uso de cocaína no ha adquirido aún las dimensiones del de la marihuana, pero 22 millones de norteamericanos la han utilizado, entre ellos, por supuesto, una considerable porción de su élite deportiva y artística. El abuso de cocaína por parte de la clase media, dice Rudolph Giuliani, el fiscal federal de Manhattan, "crea un problema imposible de tratar con medidas punitivas".

¿Significa esto que la legalización es el siguiente paso lógico? No necesariamente. A pesar del entusiasmo experimentado por las drogas entre minorías significativas de la población, el grueso de los norteamericanos apoya consistentemente las leyes antinarcoóticos. Una encuesta del *New York Times*, de octubre de 1986, parece indicar un endurecimiento de actitudes: el 57 por ciento de los encuestados respondió que la posesión de pequeñas cantidades de marihuana debería ser tratada como una ofensa criminal, en contra del 41 por ciento en 1977. Una iniciativa presentada en Oregón, según la cual se permitiría a los adultos poseer y cosechar privadamente marihuana para su propio uso, fue rechazada en un porcentaje de 73 contra 27. Oregón descriminalizó la marihuana en 1973. Por otra parte, las encuestas de opinión invariablemente clasifican la represión de la marihuana como un asunto de baja prioridad.

La legalización de las drogas, aún de la marihuana, posiblemente no sea en modo alguno deseable. El mercado negro aún florecería con el fin de suministrar una droga más fuerte que la permitida y para vender a los jóvenes sin la edad legal para comprar. Ahora que los peores abusos en la represión de la marihuana han pasado —nadie es hoy sentenciado a un año de prisión por un cigarrillo— el mantener las leyes contra la yerba en los libros puede servir el útil propósito de indicar la desaprobación de la sociedad a lo que es, después de todo, una sustancia nociva.

¿Cuál es entonces la solución? La respuesta es, simplemente, que no hay ninguna: buscar soluciones mágicas elaborando una ley antinarcoóticos que lo incluya todo es un desperdicio de tiempo y dinero. Los Estados Unidos tienen un enorme mercado para las drogas porque muchos de sus habitantes desean usarlas. Por tanto, la única manera de reducir el abuso de drogas es que la gente decida que no las quiere. Recientemente el presidente Reagan se refirió en un discurso sobre las drogas a un "abrumador cambio de conciencia que está sucediéndose en los Estados Unidos". Hasta ahora, esto es

una exageración; las tasas de drogadicción están declinando apenas modestamente, aunque lo hacen con consistencia. Pero es verdad que la clave para reducir el problema reside en un cambio de actitud: la gente debe *desear* "decir no a la droga".

Los límites de la ley

LAS SANCIONES LEGALES PUEDEN, POR SUPUESTO, influir en la conducta privada. Indudablemente existen individuos que se ajustan el cinturón de seguridad o rehusan un cigarrillo de marihuana simplemente porque la ley les ordenó hacerlo. Pero sin un consenso social que linde con la unanimidad, las leyes raramente funcionan; la policía puede manejar solo una cierta cantidad de transgresores. Por otra parte, cuando emerge un consenso social, las presiones que genera son más poderosas que las leyes.

La cocaína no era ilegal en los Estados Unidos, por ejemplo, hasta la ley Harrison de 1914; por esa época casi nadie la usaba. Pero en los 1880s y 1890s, la cocaína era la droga de moda. Sigmund Freud escribió varios ensayos elogiando sus propiedades y regaló a su prometida el polvo mágico. Arthur Conan Doyle describió a su famoso detective, Sherlock Holmes, usando cocaína en varias de sus primeras historias; a la vuelta del siglo ya la droga no vuelve a aparecer. *Vin Mariani*, una bebida vinícola que contenía cocaína, era tan popular que su fabricante reunió los testimonios favorables en una docena de volúmenes, que incluían comentarios elogiosos de tres papas. Y la Coca Cola contenía cocaína hasta 1903; una manera común de pedir la bebida era "dame una droga". Pero a medida que los peligros de la cocaína fueron más ampliamente conocidos a comienzos de los 1900s, el uso de la droga declinó constantemente. Para el año en que los Estados empezaron a restringir el acceso a la droga y el gobierno federal la ilegalizó, el problema estaba ya bajo control.

En los tiempos modernos, dos de las drogas legales más peligrosas —el alcohol y la nicotina— son demasiado aceptadas para ser ilegalizadas, pero la presión social está reduciendo efectivamente su abuso. Hoy sólo el 32 por ciento de los adultos en Estados Unidos fuma cigarrillos, contra el 43 por ciento en 1965. Y si bien el alcohol es todavía una droga común —el 92 por ciento de los estudiantes de secundaria lo ha probado antes de su graduación—, el peor de los efectos del licor, las muertes por conducir en estado de embriaguez, se redujo de 26.000 víctimas en 1980 a 23.500 en 1985.

Históricamente, en la medida en que hay una conciencia pública sobre los peligros de una droga, su utilización disminuye. Esto ocurrió con el opio, el láudano, el éter, la morfina, la heroína, y particularmente con la cocaína en el siglo XIX y a comienzos del presente. Lo inverso también es verdad: cuando una droga es considerada inocua o benéfica, como el LSD y la marihuana en los sesentas y la cocaína en los setentas, debe esperarse que su consumo aumente.

Así por ejemplo, cuando a comienzos de los años setentas surgió una percepción errónea de que la cocaína no era adictiva ni particularmente pe-

ligrosa (una inversión del consenso de un siglo de duración), su consumo inmediatamente se incrementó. En un típico comentario de ese período, Peter G. Bourne, quien luego fue asesor sobre las drogas durante la administración del presidente Carter, escribió en 1974 que la cocaína "es probablemente la más benigna de las drogas ilícitas actualmente en uso extendido". Ahora que los expertos en la materia se han apartado de este tipo de comentario, su uso probablemente disminuirá.

Nuevas investigaciones efectuadas sobre la marihuana pueden desempeñar el mismo papel. Una encuesta indicó que la reciente declinación del uso de la yerba entre los californianos era atribuible a preocupaciones por la salud de los fumadores y no a sanciones legales. En 1985, cerca del 70 por ciento de los estudiantes de último año de secundaria creía que el uso de la marihuana era dañino, según el Instituto Nacional para el Control de Abuso de las Drogas; esto es, casi con toda certeza, un factor determinante en la reducción de su uso entre los estudiantes. Lo mismo puede decirse de las caídas en los consumos de heroína y PCP. La investigación sobre los efectos físicos de las drogas es un medio efectivo, aunque a largo plazo, para controlar el abuso.

En segundo término, los programas educativos pueden ser una medida útil aunque limitada. Desafortunadamente, no hay consenso sobre la clase de programas educativos que pueden tener éxito en disuadir a los estudiantes de que utilicen drogas. De hecho, hay alguna evidencia que indica que mientras más sepan acerca de una droga, más probablemente los jóvenes se sentirán inclinados a usarla. Unos nuevos programas que hacen énfasis en la ayuda a los estudiantes para enfrentar las presiones sociales parecen prometedores, pero requieren de habilidades especiales para su dirección y son demasiado recientes para tener un registro de su eficacia.

Así que, antes de gastar US\$ 700 millones en los próximos tres años, que es la suma de dinero autorizada por la ley, habría que definir qué medidas pueden ser efectivas para no repetir los errores del pasado. En particular las tácticas de infundir miedo, que caracterizaron los programas de los setentas, han demostrado ser ineficaces. En una época en la cual casi el 60 por ciento de los alumnos de último año de secundaria ha probado drogas, simplemente decirles que "la droga mata" no causará mayor impresión. Por supuesto que las drogas pueden matar, pero los estudiantes también saben que es posible ingerir drogas y vivir, y no tomarán tales advertencias muy seriamente.

Tampoco deben los programas educativos sobre la droga aprobar implícitamente su uso. Un texto de 1979 titulado "*Responsible Drug and Alcohol Use*" ("El uso responsable de la droga y el alcohol") aconsejaba: fume hierba sólo con sus amigos, bote las semillas, no conduzca cuando fume y no arroje cenizas al suelo. No era exactamente un programa de prevención muy efectivo.

El objetivo de la educación sobre narcóticos debe ser convertir la utilización de drogas en una actividad socialmente indeseable, para que los jóvenes nunca las prueben. Tal vez sería mejor no solamente decir que las drogas son peligrosas, sino que son, además, burdas y de mal gusto. La analogía

con el hábito del tabaco puede ser útil; probablemente más jóvenes dejaron de fumar debido a que producía halitosis que porque ocasionara cáncer del pulmón. A pesar de sus limitaciones, una buena educación contra la droga es una dirección razonable a seguir. Ya que es imposible detener la oferta, resulta sensato intentar controlar la demanda.

Pero la "guerra contra las drogas" no será ganada implementando estas medidas. Ningún programa gubernamental, no importa cuán bien diseñado esté, impedirá que una población haga lo que desea hacer. Como lo expresó un funcionario de la DEA en un libro de 1985, *International Drug Trafficking*:

"No ha habido nunca una actividad ilegal que haya sido reducida o acabada por las solas leyes mientras que el público la condonara. La sociedad es la única que puede terminar con ellas. Lo puede hacer cambiando sus actitudes y retirando su apoyo. Y así va a suceder con el tráfico (de drogas). Sólo cuando el mundo esté realmente harto con el problema actual de las drogas y diga 'ya basta', sólo entonces el tráfico se verá seriamente afectado".

Policy Review
No. 39, Invierno 1987